

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 133 ¿Cómo reina ahora el Señor Jesús?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 133 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Cómo reina ahora el Señor Jesús? (668-674; 680)

Como Señor del cosmos y de la historia, Cabeza de su Iglesia, Cristo glorificado permanece misteriosamente en la tierra, donde su Reino está ya presente, como germen y comienzo, en la Iglesia. Un día volverá en gloria, pero no sabemos el momento. Por esto, vivimos vigilantes, pidiendo: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20).

Cristo es Rey, pero no pensemos que su reinado está meramente en el cielo, también es Rey de nuestra historia, y puede parecer que ese reinado no le está plenamente sometido y es cierto que existe esa batalla en nuestra vida cotidiana, en la que, o nos sometemos, reconocemos el reinado de Jesucristo y formamos parte de su reino, o de lo contrario formamos parte del príncipe de este mundo al que se le llama Satanás, que también pretende ejercer su falso reinado sobre este mundo. Dice el punto 133 que es especialmente, a través de la Iglesia, como Jesucristo lleva adelante su reinado en este mundo. Cristo es cabeza de la Iglesia y el don de su gracia, el don de su redención está transmitiéndolo, a través de la Iglesia, para la vida del mundo. El plan de Dios ciertamente es una cristificación, que este mundo y que esta historia sea cristificado, que de esa manera nos vayamos conformando al reino de Dios. El reino de Dios no es únicamente un servilismo, no en el sentido de servir, sino en el sentido de cristificarse, de que nuestra vida se vaya configurando a Cristo Rey.

Hay un texto que es Romanos 8, 22-30, en el que se subraya cómo existe esta especie de lucha interior, se está como gestando esa cristificación del mundo, para configurarse al reinado de Cristo; dice así: *“Porque sabemos que hasta hoy, toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto”,* es un parto doloroso el que nuestra historia, nuestro mundo, se configure a Jesucristo; hay una lucha interior dentro de nosotros, *“y no sólo eso, sino que también nosotros que poseemos las primicias del espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo”.* Estamos gimiendo, tenemos un deseo de ser de Dios, de ser de Cristo, pero al mismo tiempo es un parto doloroso porque el pecado también pretende poseernos; *“pues hemos sido salvados en esperanza y una esperanza que se ve, no es esperanza. Efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia”.*

Todavía no tenemos ese don de estar plenamente cristificados, pero estamos en camino. *“Del mismo modo, el espíritu acude a nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables”.* Es

decir, estamos como si estuviésemos en un seno materno, estamos siendo gestados y el Espíritu Santo está, poco a poco, preparándonos para que nuestro parto, sea un parto para la vida eterna. *“Porque a los que había conocido de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos y a los que predestinó los llamó, a los que llamó los justificó, y a los que justificó los glorificó”*. Es decir estamos destinados a reproducir la imagen de Jesucristo, a ser otros Cristos para la vida del mundo; y el Espíritu Santo está llevando esa labor de cristificación del mundo, de convertirnos en otro Cristo, para que, poco a poco, el reino de Dios se vaya extendiendo en esta vida y finalmente, por el reino del cielo y el reino de la tierra no sean dos reinos, sino sea un solo reino en el que solamente Jesucristo esté reinando en todos nosotros.

Esta gran tarea que tenemos pendiente únicamente se verá consumada el día de la Parusía, entonces será cuando se complete esa santificación, no sin pruebas previas. El texto de Mateo 23, 39, cuando Jesús haya entrado en Jerusalén y está en medio de la Pasión, hay un momento en el que Jesús se lamenta, llora por Jerusalén, porque no quiere acoger la redención: *“Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces he querido acogeros como la gallina reúne a los polluelos debajo de las alas y no habéis querido!”*. Es un drama, hay una gran lucha en este mundo y dice: *“Os digo que a partir de ahora no me veréis hasta que digáis ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”*, y se está refiriendo a la Parusía.

Cuando al final, Cristo venga en su gloria, entonces Dios lo será todo en todos y todas esas resistencias que han acontecido, las resistencias en acoger la gracia de Cristo por las que Jesús está lamentándose, está llorando porque el hombre no ha acogido la gracia; entonces es cuando la victoria de Cristo será plena. Mientras tanto, vivimos una batalla interior y queremos que Cristo reine, que la victoria sea de Cristo, y eso supone, obviamente, luchar contra el pecado, porque el pecado es el que impide a Cristo reinar en nuestra vida; y queremos que Cristo reine, y que la vida de Cristo se manifiesta en nosotros. Por eso decimos: ¡Maranatha! ¡Ven Señor Jesús! pidiendo también que la vida de gracia crezca en nosotros.